

El afeitador de muertos

JOSÉ MANUEL OTERO LASTRES

El afeitador de muertos



ALMUZARA

© JOSÉ MANUEL OTERO LASTRES 2018
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2018
© EDUARDO ARROYO (ILUSTRACIÓN INTERIOR)

Primera edición: Junio de 2018

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, en el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.»

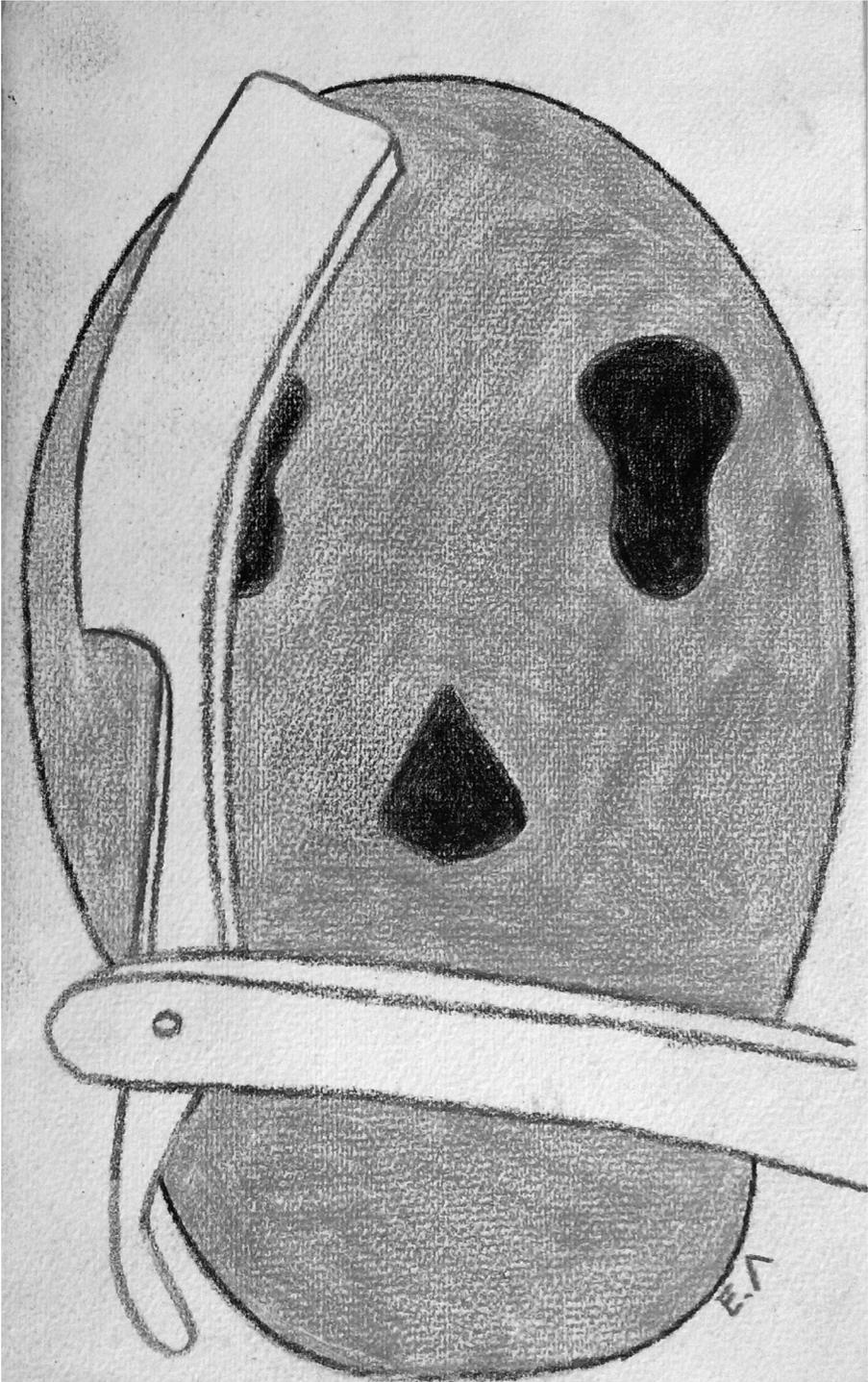
Editorial Almuzara • Colección Novela
Edición al cuidado de: ROSA GARCÍA PEREA
Director editorial: ANTONIO CUESTA
www.editorialalmuzara.com
pedidos@editorialalmuzara.com — info@editorialalmuzara.com

Imprime: Gráficas La Paz
ISBN: 978-84-17418-47-2
Depósito Legal: CO-935-2018
Hecho e impreso en España—*Made and printed in Spain*

Índice

1.....	13
2.....	21
3.....	27
4.....	33
5.....	45
6.....	53
7.....	65
8.....	71
9.....	83
10.....	97
11.....	107
12.....	113
13.....	119
14.....	125

A los desheredados de la fortuna



Obra de Eduardo Arroyo

1

Cartagena de Indias, 18 de septiembre de 2011

—Llevaba mucho tiempo esperándote, Marisol, sin saber si me habrías perdonado.

Con las primeras luces del amanecer, Toliño, tumbado bocabajo sobre la arena, con sus andrajos húmedos, la respiración entrecortada, los párpados legañosos y un sopor que anunciaba malos presagios, abrió el ojo izquierdo y vio a su lado una gaviota de mediano tamaño con el plumaje y la cabeza blancos y la punta de las alas negras. Aunque dudaba sobre si aquella imagen era real o una mala jugada de su mente calenturienta, ayudada por los incipientes rayos del sol que iluminaban la playa, disipó todas sus dudas al observar que abría y cerraba su pico rojo. Y entonces supo que era una de las muchas gaviotas reidoras que anidaban en aquel lugar, especie que conocía gracias a las enseñanzas de otro morador de la playa, experto en pájaros.

Cuando el ave estaba a muy corta distancia, vio que tenía vacía y toscamente cicatrizada, la cuenca orbital del ojo derecho. Lo cual le hizo pensar que su añorada Marisol se había encarnado en aquella reidora tuerta, que por fin lo había perdonado, y que venía a buscarlo. Sin poder contener la emoción, extendió la mano para cogerla y abrazarla.

—Giáááá, giáááá, giáááá, giáááá...—graznó asustada la reidora tuerta mientras corría hacia el mar hasta levantar el vuelo.

—¡Vuelve Marisol! ¿Por qué te ríes? ¡Sé que eres tú! — gritó con desesperación Toliño— ¡No me dejes! ¡No pude hacer otra cosa!

Al cabo de unos minutos, cuando la gaviota sobrevolaba el Monumento Unión de los Océanos, añadió desesperado, con un tono de voz que parecía apagarse lentamente:

—Te he reconocido por el ojo... Llévame contigo, Marisol... ¡Perdóname, amor! ¡No me dejes solo!

Sumido de nuevo en el sopor del que lo había sacado la reidora tuerta e instantes antes de reingresar en el estado de semiinconsciencia con el que había amanecido, lo volvieron a sacudir, una vez más, las dos amargas sensaciones que anidaban en su subconsciente desde hacía unos veinte años y de las que no había logrado librarse: el fuerte estruendo de un violento choque y el cálido olor a hierro que le recordaba al de la sangre. Durante muchas noches en su estancia cartagenera, el ruido y el inconfundible olor, se le habían hecho tan presentes, durante sus sueños, que se despertaba sobresaltado y sudoroso. Ahora, esa insoportable pesadilla, lo volvía a atenazar en el que parecía ser el último día de su vida.

Unas horas antes, al caer la noche, Toliño se había quedado dormido sobre el arenal, templado aún por el abrasante sol que había azotado aquella ciudad caribeña. Estaba acurrucado en un rincón protegido del viento por unas rocas volcánicas del saliente sobre el que se erguía el Monumento Unión de los Océanos. Su ritual desde que pernoctaba allí era siempre el mismo. Después de callejear, sin hacer nada durante todo el día, preparaba su lecho al anochecer limpiando suavemente, con los cantos de las manos, la superficie de la playa. Colocaba su caja de puros en un hueco que había entre las peñas y arrimaba a una de ellas, siempre la misma, su almohada: el enmugrecido hatillo en el que guardaba sus escasas pertenencias.

Llevaba casi veinte años viviendo en Cartagena de Indias, pero no en todos ellos había tenido la misma fortuna. Durante los primeros meses de estancia, y hasta que se le agotaron los ahorros que había traído de España, se había alojado en establecimientos de hostelería. Tras abandonar su último puesto de trabajo en el restaurante La Vitrola y

gastarse todas sus reservas económicas, vagó sin destino fijo hasta que conoció el hambre y tuvo que verse en el durísimo trance de tener que pedir limosna. ¡Él, que había nacido en cuna de encajes y a quién desde su llegada a este mundo jamás le había faltado de nada, había tenido que rebajarse al acto poco honroso de mendigar, exponiéndose a las miradas de desprecio de quienes se negaban a socorrerlo!

Tras pasar apenas dos meses mendigando en el barrio del Pie de la Popa, en el que estuvo a punto de perder la vida en un par de ocasiones por reyertas entre las bandas dominantes, decidió pedir limosna en el centro de la ciudad amurallada en el que había mucha más seguridad. Desde entonces, y tras pasar algún tiempo en la zona de Bocagrande, su vida transcurría entre las calles del centro histórico de Cartagena y los grisáceos arenales de las playas que la bañaban.

Durante aquella jornada, en la que parecía que se le iba la vida, su mente recuperó diversos recuerdos. No estaba de acuerdo con Quevedo, quien había escrito que la pobreza solo molesta al que no sabe ser rico con ella y que la naturaleza no consiente pobres: no hay gusano, pez, animal, ave, ni planta que se queje de no poder alimentarse. Y es que en aquel trance y tras los duros años por los que había tenido que pasar en aquella ciudad caribeña, los pensamientos de Quevedo le parecían brillantes pero escritos por alguien que, a diferencia de él, nunca había sido verdaderamente pobre.

Hacía ya unos años que se había dado cuenta de que carecía de medios para procurarse su sustento. Cada día al despertar no sabía si tendría algo que poder llevarse a la boca, lo cual significaba, por mucho que se negara a reconocerlo, que se había convertido en un pordiosero más, razón por la que no tardó, al igual que sus colegas de miseria, en acabar pasando la noche al aire libre en las playas cartageneras.

De acuerdo con el criterio de antigüedad en la profesión de mendigar, que respetaban escrupulosamente todos los indigentes, al principio tuvo que acomodarse en las peores zonas de las playas. Pasada milagrosamente su estancia en el Pie de la Popa, fue consiguiendo un lugar para dormir cada vez mejor. En el escalafón de la pordiosería había llegado a tener bastantes colegas por delante. Pero había ingresado en

el grupo siendo todavía joven y teniendo buena salud, por lo cual subir peldaños era solamente cuestión de tiempo.

No habían pasado veinticuatro meses cuando accedió a la playa de Bocagrande y, en menos de un año, ya había conseguido una plaza al abrigo de un chiringuito de madera emplazado en la misma playa, frente a la puerta del hotel Caribe, el mejor de la zona y en el que había estado alojado durante sus primeros días en Cartagena. Tuvo que esperar, sin embargo, dos lustros hasta llegar a los selectos arenales que bordeaban la ciudad amurallada. Y, desde hacía solo un par de años, pernoctaba en el tercer mejor dormitorio al aire libre de todas las playas, mejorado tan solo por el lecho del Fuerte de la Tenaza, que era indiscutiblemente el más disputado, y el del Monumento de los Alcatraces.

Toliño no había pasado una buena tarde. Además de los achaques habituales debidos a los efectos del alcohol, sintió, mientras estaba sentado en las murallas del Baluarte de San Francisco, un dolor muy agudo en el tórax seguido de una sensación de opresión sofocante que había evaluado, en un rápido autodiagnóstico, como una angina de pecho. A pesar de que tenía experiencia, por haber sido un brillante cirujano en su Galicia natal, dudó en un primer momento si aquel intenso dolor era una angina de pecho o un neumotórax por causas intratorácicas. Su vacilación se debía a que durante el día no había tenido lugar ninguno de los desencadenantes típicos de dicha dolencia cardíaca, como la sobreexcitación o la comida copiosa. No se había excitado, ni física ni emocionalmente, porque desde hacía mucho tiempo ya todo le daba igual, y solo había ingerido, desde que se había levantado, unos tragos de ron y un par de mendrugos de pan duro. Fueron las sensaciones de ansiedad y de muerte inminente, así como la sudoración profusa, los síntomas que lo convencieron de que había sufrido una obstrucción coronaria del tipo angina inestable, cosa que, para su desgracia, suponía un serio aviso de posible infarto.

Aunque más por instinto que porque formara parte del protocolo de actuación, Toliño se tumbó sobre la piedra de la muralla y permaneció inmóvil hasta que cesaron los efectos de aquel episodio cardíaco. Moviéndose lo menos posible

para ahorrar oxígeno, aguantó allí hasta que, como todas las noches, salieron los empleados de cocina del Hotel Santa Teresa a dejar, en un lado de la acera, el cubo de la basura. Cuando los vio marchar, se acercó caminando lenta e inestablemente al contenedor situado ante la fachada trasera del hotel y rebuscó algo que pudiera llevarse a la boca. El alma caritativa de otras veces —que todavía no había logrado identificar— le había dejado sobre la superficie de los desperdicios, guardado en una hermética bolsa de plástico, dos arepas de carne fritas, frías y aceitosas, y una rodaja de sandía recubierta por filme transparente.

Con las piernas acalambradas caminó dando pasitos de anciano hasta que encontró un banco solitario en el Parque de la Marina, y debilitado porque casi llevaba doce horas sin comer, excepción hecha de los dos mendrugos de pan duro que le habían dado de limosna, cenó con mucha parsimonia, no fuera ser que su costumbre de engullir la comida pudiera empeorar su delicado estado de salud. Cualquiera precaución no estaba de más a la vista de lo mal que lo había pasado al atardecer. A aquellas horas, en el Parque de la Marina, solamente permanecían algunos menesterosos como él y las parejas de enamorados que aprovechaban hasta el último minuto para besarse en la oscuridad.

Acabada la cena, estrujó los envoltorios de la comida y los tiró en una papelera. Arrastrando los pies, llegó hasta la acera de la Avenida de Santander y esperó para cruzarla a que no vinieran coches por ninguno de sus carriles. Tardó casi veinte minutos en llegar a su lecho playero que distaba trescientos metros de allí y se dispuso a dormir bastante acojonado porque temía un nuevo ataque cardíaco.

Durante su juventud había leído obras de ficción en las que los enamorados morían de amor tras el trágico fallecimiento de su ser amado. Pero ese no había sido su caso. Estaba seguro de que no había sido por no haber querido con toda su alma a Marisol, sino porque, tras su fallecimiento, se había agarrado fuertemente a la vida. Desde el óbito de su mujer, había creído que no le importaba morir, e incluso estaba convencido de que eso era lo que realmente

deseaba. Sin embargo, en aquel momento en que le rondaba la muerte sintió, por primera vez, un miedo paralizante.

En aquellos instantes de angustia, recordó una idea de Chejov, que en su día le había llamado mucho la atención. Había leído, en la Gaviota, que uno de los personajes decía que solo sentían miedo a morir los creyentes en la vida eterna ya que temían el castigo perpetuo por los pecados que hubiesen cometido durante su vida. Pero ese no era exactamente su caso. Había sido un católico convencido e incluso un fervoroso practicante en el colegio, pero en la Universidad se había vuelto agnóstico. Lo cual no significaba —recordaba haber tenido que aclararlo un sin fin de veces— que fuera ateo, pues no negaba la existencia de Dios, sino que sus creencias religiosas llegaban solo hasta donde lo llevaba la razón y la experiencia. Por eso, no acababa de comprender por qué sentía tanto miedo a morir en aquel momento. Y, sin embargo, lo tenía. Y mucho. Estaba literalmente aterrado porque presentía que la vida estaba a punto de abandonarlo.

Además, el calamitoso rumbo que había dado voluntariamente a su existencia, desde la desaparición de Marisol, lo había conducido a una situación en la que se hallaba despojado de casi todo. Apenas le quedaban sentimientos, salvo un atormentador sentido de culpabilidad; en cuanto a lo material, solo tenía unas pocas cosas, sentimentales más que valiosas, que guardaba, como si fuera oro en paño, en una caja de puros que portaba en su hatillo con el resto de sus escasas pertenencias.

Tras acomodarse en su lecho de arena, recordó los momentos más agudos del ataque cardíaco, sobre todo cuando pensó seriamente que era el final de su camino y que sus restos se quedarían allí para siempre. Ahora, en la oscuridad de la noche caribeña, se sentía agradecido al destino por haberle permitido esquivar, al menos momentáneamente, la muerte y empezó a darle vueltas a cómo sería dejar de estar vivo.

—Debe ser algo parecido a quedarse dormido tan profundamente como durante la siesta, pero sin volver a despertarse nunca —habló consigo mismo en voz baja, costumbre ésta por la que muchos pordioseros creían que estaba loco.

Pensó seguidamente en lo irrelevante que era el ser humano, en la multitud que había transitado sin pena ni gloria por el mundo y que, de las que ya lo habían abandonado, apenas un puñado sería rememorado para siempre.

«¿Qué habrá sido de esa inmensa legión de personas que me precedieron? ¿Venimos aquí simplemente para estar unos años e irnos para siempre? No hay duda alguna de que nuestro cuerpo acabará pudriéndose, pero nadie puede asegurarnos que hay algún destino para el alma».

Fue encadenando reflexiones trascendentales mientras el pulso se le aceleraba y aumentaba su angustia. Lo cual pudo explicar que hubiera tenido incluso un acto parecido al arrepentimiento, cuando le vinieron a la memoria algunas meditaciones antiguas sobre la presencia de la inteligencia humana como argumento ontológico. Le pedía perdón al Señor, porque estando tan alejado de Él, había tenido la desfachatez de invocar su nombre para que lo ayudara a salir de las atosigantes dificultades que lo hostigaban.

«Perdóname, Señor, porque pusiste ante mis ojos una prueba de tu existencia. Me hiciste pensar en que sería inexplicable, si solo existiera la oscuridad, que poseyéramos el sentido de la vista; y que si tenemos oídos es porque existen los sonidos. Todo para que llegara a preguntarme si dotar a una especie animal de inteligencia habría sido precisamente para que pudiera plantearse la existencia de Dios»

Y hablando con una voz muy tenue, añadió:

«¿No tiene todo el sentido del mundo que si la propia evolución generó un ser inteligente fue para que pudiera atribuir a alguien la Creación? ¿No prueba eso racionalmente tu existencia?»

Se tomó un nuevo respiro y concluyó:

«Me lo pusiste muy claro y mi arrogancia me impidió ver la luz que me enviabas. En estos momentos en que siento tan cerca el final de la vida apelo una vez más, quizás la última, a tu infinita bondad para que me perdones».

Tras las plegarias, se recostó hacia su lado derecho esperando lo que viniese, rodeado de la más absoluta soledad.

Estos pensamientos, su deteriorado estado de salud y el miedo que se había apoderado de su ser, hicieron que pasara

una mala noche. Apenas se giró durante el descanso, sopor-tando su angustia sobre el costado derecho para no oprimir el gastado latido de su corazón y solo, muy de vez en cuando, se ponía bocarriba. En esta posición, miraba el firmamento caribeño, aspiraba profundamente para percibir el incon-fundible olor del mar, y aguzaba el oído para escuchar el casi imperceptible sonido, cadencioso y rítmico, de las pequeñas olas que arribaban a la orilla. Era una noche oscura porque la luna apenas se mostraba como una banana encendida en el cielo. El brillo de las estrellas, opacado por la densa bruma que venía del océano, carecía de la fuerza suficiente para iluminar la playa. Sabía, no obstante, que no estaba solo. Aunque no podía verlas, percibía que estaba acompañado, como siempre, por la bandada de gaviotas que dormía al borde del mar.

Durante aquel duermevela, tuvo la sensación de que uno de aquellos pájaros, aunque no pudo precisar si era siempre el mismo, se le acercaba lentamente, como si viniera a con-firmar su fallecimiento. Le pareció que se quedaba inmóvil y lo miraba sin hacer ruido como si tratara de no despertarlo, y hasta creyó percibir que el ave, pasado cierto tiempo, se alejaba.